

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
861

SANTORAL

Dom. 18	† 4.º De Adviento. Santos Anselmo, Simplicio y Victorino. mrs.	Juev. 22	Santos Demetrio, Honorato y Floro, mrs.; y Zenón, soldado.
Lun. 19	Santos Ciriaco, Zósimo, Pablo y Segundo, mrs.	Vier. 23	Santos Teódulo y Saturnino mrs.; y Victoria, vg. y mr. (Abstinencia).
Mart. 20	Santos Liberato, Eugenio, Macario mrs.; Domingo de Silos, abad. CUARTO MENGUANTE a las 3.2 p. m.	Sáb. 24	Santos Gregorio, Luciano, Pablo y Teotimo mrs.
Miérc. 21	Santo Tomás, ap.; Anastasio y Severino, obs.		

Domingo IV de Adviento

Evangelio según San Lucas—Cap. III.

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes, tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo, tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania, tetrarca de Abilina; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; el cual obedeciendo al instante, vino por toda la ribera del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados: como está escrito en el libro de las palabras o vaticinios del Profeta Isaías: Se oirá la voz de uno que clama en el desierto: "Preparad los caminos del Señor: enderezad sus sendas: todo valle será terraplenado, todo cerro y monte allanado; y así los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos igualados; y verán todos los hombres al Salvador enviado de Dios.

APLICACION MORAL

Con nosotros, por tanto, habla el santo Precursor cuando predica la preparación para recibir a Jesucristo. Vea cada uno cuáles son los levantados cerros de su orgullo que ha de abajar para que El le hable y le enseñe; cuáles los caminos torcidos de intenciones aviesas y solapadas que es necesario enderezar para entenderse con la Verdad Divina, que exige simplicidad y sinceridad probada; cuáles en una palabra esos valles, esos vacíos que ha de terraplenar con positivas obras buenas que prueben la voluntad de seguir el camino de la virtud.

A poco que lo miremos encontraremos la labor que se nos impone y el nacimiento de Jesús no será ya para cada uno de nosotros un hecho lejano que conmemoramos jubilosos, pero sin contacto con nuestra vida personal, sino un fenómeno de transformación cotidiana, que nos aproximará a Belén, al Calvario, a la Eucaristía, al Cielo, por el contacto sobrenatural y querido con la divina gracia y con la acción vivificadora del Redentor. Así habrá nacido para nosotros el Salvador del mundo, como los ángeles anunciaron a los pastores.

FRENTE A FRENTE

El combate es eterno, jamás terminará.

Mientras haya hombres en el mundo, tendrán tendencias diversas y antagónicas ideales.

Unos pelearán por algo justo, legítimo y noble, y otros por senderos opuestos, encaminarán sus

actividades a lo innoble, a lo ilegal y a lo reprobable.

Son las ciudades del bien y del mal, los hijos de la luz y de las tinieblas, la verdad y el error, que se disputan el imperio del mundo.

La victoria será de los primeros.

Los laureles del triunfo circuirán, inmarcesibles, la frente de los luchadores honrados.

Pero mientras suene esa hora en el reloj de los públicos destinos, mientras llegue el instante de la apoteosis universal, ¡cuántas derrotas parciales para los partidarios del bien, cuántos desfallecimientos en la prueba, cuántas apostasías y deslealtades!

Habrán períodos de postración en que aparecerá perdido todo, dispersos los soldados de la buena causa, atada la coyunda de la esclavitud a la cerviz altiva de los que defienden sacrosantas convicciones.

Satanás hará tocar sus trompetas de escándalo, para llamar a sus huestes innúmeras que asalten, roben, incendien y asesinen.

Pero en medio de las turbas desgredadas, por encima del rojo fulgor de las revoluciones, aparecerá serena, blanca e imperturbable la legión de los buenos.

Tendrán vestidos de armiño y empuñarán las armas del cruzado; irán de frente hacia el peligro, erguida la cabeza y abroquelado el pecho, dentro del cual palpita un corazón creyente y cristiano que no sabe de doblez ni de miedos, que anhela el sacrificio y que atisba ansias infinitas de inmolarse por sus hermanos.

Hablan éstos el lenguaje de la persuasión: de-

fienden la verdad y la propagan con ahincos de misioneros. Pregonan las doctrinas redentoras y salvíficas.

No odian ni destruyen, ni quieren venganza. *Unión y honradez, trabajo y fe*; ese es su lema.

Perdón, el dulce perdón de las almas, que resucita y hace vivir, que acerca y fusiona los corazones, que es fuente de paz y de bienestar social; esa es la bandera que tremola, airosa y soberana, por entre las filas de los guerreros cristianos.

Pero el espíritu de caridad y la unión y la paz no quieren decir atonía ni contemporización vergonzosa con nuestros enemigos.

Debe haber espada en nuestra diestra para abrirnos brecha en los combates luminosos de la idea.

Si los antagonistas son muchos y fuertemente disciplinados, presentan bloque poderosísimo de resistencia y toman aun la ofensiva en el palenque de la humanidad, no temamos.

Ellos son fuertes, pero de modo relativo, esto es, porque somos débiles nosotros, y si somos débiles, es porque queremos, por falta de organización; porque, amigos de la holgura y de las comodidades, rehuimos los peligros; porque nos dejamos llevar por las corrientes que suponemos irresistibles y que bajan como alud embravecido, de las trincheras enemigas.

Es error y es cobardía, rendirse con arma y bagajes.

Nuestro credo es invencible, purísima nuestra moral, eternos los ideales que defendemos.

Exitos trascendentales y definitivos nos esperan en lo porvenir; pero es necesario luchar y ser fieles y unirnos con indestructible cohesión a nuestros simpatizadores.

Que no haya cismáticos ni descontentos, que no haya cobardes ni apáticos.

A trabajar todos, cada quien dentro de la esfera de sus actividades.

El sacerdote y el profesionista, el industrial y el comerciante, el obrero y el campesino, el hombre y la mujer, todos debemos actuar, de acuerdo con el programa de la Iglesia, para conseguir el triunfo que Cristo prometió solamente a los que trabajasen con constancia.

No nos amedrente la actitud de los adversarios, no nos perviertan sus sofisticos sistemas, no nos dividan pasioncillas mezquinas que tanto mal hacen.

Unidos, todos, como una sola inteligencia, como un solo corazón, como un brazo único, pensemos, queramos y obremos, para conseguir los fines nobilísimos que el futuro nos reserva. X. X.

LAICISMO ESCOLAR

En Francia los dos pontífices del laicismo escolar fueron Pécaut y Buisson. Y Mr. Pécaut, ya en 1894, parecía asustado. Sin duda lo que veía no era lo que había esperado. «Son, ¡ay!—escribía Pécaut—otras voces, voces de sensualidad, de odio, de sofismas, las que tienen hoy el privilegio de llegar hasta extremidades donde hasta el presente ninguna vida del espíritu había llegado: y somos nosotros ¡ay! los que les preparamos auditorios sin cesar renovados». Y Mr. Pécaut, ante el peligro del materialismo invasor, pedía una «voz de un hombre o de una doctrina, de un filósofo o de una moralidad religiosa».

En cuanto a Buisson, reconoció la fuerza adyuvante de la religión. La educación intelectual integral—decía—supone, más allá de lo infinito que la conciencia estudia, lo infinito que le escapa; la educación moral integral supone, por encima de la más alta moralidad, un ideal de perfección que le excede... Es el oficio propio de la religión mantener en nosotros ese sentimiento y esa idea: Primero, bajo la forma de conciencia de nuestra imperfec-

ción, en particular conciencia del mal moral. Segundo, bajo la forma de aspiración hacia la perfección considerada como nuestro ideal intelectual, moral y estético, tanto desde el punto de vista individual como desde el punto de vista social».

¿Qué autoridad más alta en pedagogía que la de Pestalozzi? y Pestalozzi decía: «El egoísmo sensible es la esencia de la naturaleza animal; todo lo que emana de él y está inspirado por sus motivos de acción es antinatural a los ojos de la naturaleza puramente humana... La centella eterna y divina que está depositada en el fondo de nuestra alma, está eternamente en contradicción y en lucha con el elemento sensible de nuestra naturaleza... Ese elemento divino y eterno constituye la esencia misma de la naturaleza humana; él es su único elemento verdaderamente humano».

Y hablando en términos de religión positiva, escribía: «El deseo de la perfección, único que puede debilitar y desarraigar el antagonismo en sí mismo, únicamente puede resultar de la solicitud del socorro divino y de la gracia divina».

Cuando salga el niño de la escuela laica con algunas nociones inconexas sobre el mundo y sobre las cosas, su inteligencia estará realmente en tinieblas. No sabrá, podemos decir con Amado Nervo, ni por qué reímos ni por qué lloramos, ni por qué vivimos ni por qué vamos.

La escuela laica apaga muchas cosas. ¿Qué luces enciende en su lugar? ¿Cómo podrá la pedagogía laica llegar con un cúmulo de nociones superficiales a constituir esa unidad del saber que deriva del Supremo Principio y que es la base del carácter? Anarquía en la inteligencia y anarquía en la voluntad. Cuanto hay en el hombre de agresivo y egoísta, de impaciente, de rebelde, de apetito inmediato, querrá ocupar el lugar de las normas morales que inculcaban a los hombres el sacrificio, la templanza y la misericordia.

EL ORGULLO Y LA HUMILDAD

El orgullo lleva consigo tres negaciones. Niega la propiedad deletérea del pecado y el pecado mismo, la virtud purificante de la pena y la pena misma: la ignorancia.

La humildad por el contrario, afirma las tres negaciones. El orgulloso con sus tres negaciones se aparta nuevamente de Dios. El humilde con sus tres afirmaciones se acerca a Dios cada instante. El uno y el otro llevan, aquél en su orgullo y éste en su humildad, su castigo y su recompensa. El primero ignora todo lo que niega, el segundo sabe todo lo que afirma. Por eso se ve que toda la ciencia de los orgullosos es error y vanidad y que la ignorancia de los humildes, es la verdadera ciencia.

Si la religión cristiana es la única civilizadora, consiste esto, considerándola humanamente en que santifica y ensalza la humildad. Si Jesucristo atrajo a sí con irresistible y blanda atracción al mundo todo, consistió esto, considerándolo humanamente, en su humildad sobrehumana. Si la Iglesia católica ofrece a la tierra el espectáculo de la reunión de los más esclarecidos ingenios, consiste esto, en que es la Iglesia de los doctores humildes.

La religión cristiana en su lógica misteriosa nos descubre las secretísimas ramificaciones que unen, como a las causas con sus efectos, al orgullo con el pecado; por esta razón, habiendo sido instituida naturalmente contra el orgullo; siendo tan invencible la repulsión recíproca del orgullo y del cristianismo, que ninguno que sea cristiano puede ser orgulloso y ninguno que sea orgulloso es cristiano.

Por la misma razón y por la misma causa son tales y tan grandes y tan invencibles las misteriosas atracciones del cristianismo y de la hu-

mildad, que siempre han andado juntos por el mundo esa divina religión y aquella virtud divina.

El cristianismo guarda para los suyos un galardón que es sobre todos los galardones posibles, y para sus enemigos una pena que es sobre todas las penas imaginables; el infierno, mansión de los réprobos, y el cielo mansión de los justos; pues bien: El infierno está aparejado para recibir a los orgullosos y el cielo para recibir a los humildes. *Bienaventurados los pobres de espíritu, por que de ellos es el reino de los cielos.* D. C.

OBRAS SON AMORES...

Toribio Manso, a fuerza de oír decir que los sacerdotes, los frailes y las monjas son gente inútil cuando no perjudicial, estaba a punto de romper con ellos para siempre y echarse en brazos de la revolución socialista que en su sociedad le predicaban, cuando un mundo de preocupaciones y desgracias le obligaron a suspender su determinación para atender a sus cosas, que dan lugar a ciertos graciosos contrastes entre la cháchara de los socialistas y las obras de los católicos.

Con los socialistas:—Querido presidente: tengo un niño enfermo. Si me hicieses la caridad de prestarme un colón...

—¡Hombre, está bien! Encima de haberte atrasado ya en las cuotas... Y además, la caridad envilece.

—Pero si tengo tantas desgracias en mi casa...

—Pues no debes tenerlas. Tu derecho es no tenerlas. Y no las tendrás cuando triunfe el socialismo.

(Pero como Toribio no puede aguardar a que triunfe el socialismo, vase a casa del cura).

Con los católicos:—Señor Cura: tengo un niño enfermo. Necesito un colón para las medicinas.

—¡Vaya todo por Dios! Ahí lo tienes. Es de la caja del Pan de San Antonio y de las Conferencias.

—Gracias, señor Cura; tengo tantas desgracias en casa.

—¡Paciencia! Todos aquí tenemos que padecer de un modo o de otro. Si hay necesidad no dejes de volver, ¿eh?

(Y Toribio corre a su casa diciéndose: Pues en tanto se espera el triunfo del socialismo, bien nos vienen los curas).

Con los socialistas:—Mi mujer se ha agravado, ¿qué voy a hacer, compañero?

—¡Es una buena desgracia!

—Ayúdame tú.

—¿Y qué quieres que te haga? La sociedad burguesa... los jesuitas...

(Toribio escapa del chaparrón de palabras que se le viene encima... y lleva su mujer al hospital).

Con los católicos:—La Hermana de Caridad.

—No hay que desesperarse, buen hombre; aquí su mujer tendrá cuantos cuidados necesite, y, con la ayuda de Dios, esperamos devolvérsela a Ud. sana. Vaya Ud. tranquilo, y aguarde confiado. No se preocupe ahora por ella y piense en sus hijitos.

Con los socialistas:—Querido compañero: dime tú cómo voy a arreglármelas con esos chiquillos, teniendo yo que salir a trabajar para mantenerlos y con la mujer en el hospital.

—¡Ahí está! ¡Lo que he dicho siempre! Los hijos deben pertenecer al Estado. Cuando triunfe el socialismo...

(Toribio huye otra vez... y de nuevo va a arreglarse con los otros).

Con los católicos:—Padre: tengo a la mujer en el hospital; yo necesito ir al trabajo, y estos pequeños...

—Ya entiendo, buen hombre. Déjeme aquí; precisamente, para eso hemos hecho este refugio de la infancia, el asilo infantil.

(Toribio da las gracias y marcha de allí pensando: «¡Diablo! Pues tampoco los frailes son inútiles. Por lo menos mientras no venga el socialismo»).

Con todas estas desgracias, sucede que una tarde el compañero presidente, yendo a casa de Toribio para que le pagase las cuotas atrasadas, detiénese indignado al encontrarle acompañado del párroco (que le había ayudado con la limosna del Pan de San Antonio), del fraile (que le había recogido los chicos) y de la hermana (que le asistió a su mujer enferma). Indignado el compañero presidente gritale:

—¡Traidor del proletariado! ¿Qué haces en medio de toda esa clerigalla?

Respondióle Toribio con mucha calma:

Espero... el triunfo del socialismo.

—¿Y no podías esperarlo lejos de esos?

—¡Ah no, querido; porque, ya ves, tengo que vivir... para seguir esperando.

DE LA CORRECCION Y EL CONSEJO

La severidad y la fortaleza engendran el odio contra quien las emplea, y la flojedad y el abandono hacen lo propio.

Opinión común es que el aborrecimiento por un acto de justicia es un título de gloria.

Muchos de los llamados a dirigir o aconsejar no ven los peligros inminentes, o viéndolos, cual si no viesen: fomentan con ilusión y vana esperanza, y al fin perecen a fuerzas de aquello que no supieron atajar.

Prefieren algunos conciliar en tiempos de sajar, porque la severidad del cirujano no irrite al cuerpo enfermo; y luego han de cortar mano y brazo, pues quisieron salvar con emplastos la gangrena del meñique.

Hay veces en que es preciso extirpar los males de raíz con sus retoños y raicillas: es duro, pero necesario; y no lo pide el orden social, sino que lo impone y lo exige.

Ninguno hay tan necio que no lo vea, ni tan perverso que no lo confiese: ocasiones existen en que para atajar el mal, como único remedio sólo cabe el hacer un mal mayor.

Así como con el escardillo se arranca la hierba mala y con ella sigue también alguna vez un poco de alcacer, librando de este modo al campo de mala simiente; del propio modo en lo moral se han muchas veces, el que dirige y los que gobiernan.



UNOS MINUTOS DE FILOSOFIA

—Compadezco a nuestra madre Eva: la vida se le haría insoportable no teniendo de quién murmurar.

—Estamos en este mundo como entre neblinas: la fe es el viento que las disipa y que hace lucir entre nuestra alma un hermoso sol.

—Un océano de genio no vale una sola gota de santidad.

—Para conocer el poco aprecio que Dios hace del dinero, basta ver en qué manos lo pone.

—Tres cosas hay difíciles en el mundo: guardar un secreto, sufrir con paciencia y emplear bien el tiempo.

Imp. «EL HERALDO» Cartago,

Dí madre, ¿por qué la flor,
 hoy tan fragante y lozana,
 habrá de perder mañana
 su perfume y su color?
 —Hija, porque en este mundo
 de apariencias inconstante,
 nada es firme ni profundo.
 —Y esas nubes matizadas
 de púrpura y de topacio
 que cruzan por el espacio
 como de un ángel llevadas,
 por qué, madre, su hermosura
 se trueca en sombra de duelo,
 que cubren de luto el cielo
 y al corazón de tristura?
 —Tal es, hija de mi amor,

la ley que al mundo domina:
 tras de la rosa, la espina:
 tras de la dicha, el dolor!
 —¿Y el amor, madre, ese bien
 del corazón que suspira,
 también será una mentira?
 —Quimera el amor también!
 El es un sueño de una hora,
 esperanza de un instante,
 visión hermosa y brillante
 que, al tocarla, se evapora.
 Que esas pasiones que nacen
 dentro del pecho, y lo agitan,
 son flores que se marchitan,
 son nubes que se deshacen.
 —Mas ¡ay! si todo es falsía

en torno de la existencia,
 ¿en qué ha de tener creencia
 mi corazón, madre mía?
 —En Dios, que no engaña nunca,
 y en tu madre, que te quiere;
 ese es amor que no muere,
 que el desengaño no trunca.
 Flor que eternamente crece
 en los jardines del alma,
 nube de bonanza y calma
 que al tiempo no desvanece.
 Porque en ese amor se encierra
 toda verdad y consuelo...
 ¡No hay más que Dios en el cielo
 y amor de madre en la tierra!

J. A. PÉREZ BONALDE.

CATECISMO SOBRE EL MATRIMONIO

- P.—¿Qué es el matrimonio?
 R.—El matrimonio es un Sacramento que une a un hombre y a una mujer con el lazo o vínculo matrimonial.
 P.—¿Pueden los cristianos casarse sin recibir el Sacramento del Matrimonio?
 R.—Los cristianos no pueden casarse sin recibir el Sacramento del Matrimonio.
 P.—Es una misma cosa el contrato matrimonial y el Matrimonio?
 R.—El contrato matrimonial y el Matrimonio son una misma cosa para los cristianos.
 P.—¿Puede romperse el vínculo del Matrimonio?
 R.—El vínculo del Matrimonio no puede ser roto por ningún poder sobre la tierra, excepto por la muerte.
 P.—¿Qué dice San Pablo sobre el vínculo del Matrimonio?
 R.—San Pablo dice: «La mujer está atada por la ley mientras vive su marido; pero si muere el marido, queda libre, puede volver a casarse con quien quiera.» (Epíst. I a los Corint. cap. VIII, v. 39).
 P.—¿Ha concedido alguna vez la Iglesia Católica un divorcio?
 R.—La Iglesia Católica jamás ha concedido ningún divorcio en el espacio de veinte siglos.
 P.—¿Qué debe decirse de los que obtienen divorcio en los tribunales civiles?
 R.—Los que obtienen divorcio en los tribunales civiles quedan tan casados como lo estaban antes.
 P.—¿Tiene el Estado derecho para conceder divorcio?
 R.—Ningún Estado tiene derecho para conceder divorcio.
 P.—¿Qué debe decirse de los que habiendo obtenido divorcio civil vuelven a casarse?
 R.—Los que tal hacen no están casados sino que viven en estado de pecado público.
 P.—¿Qué dice Jesucristo por San Lucas sobre el Matrimonio y el divorcio?
 R.—Jesucristo dice por San Lucas (Cap. XVI, v. 18:): «Cualquiera que deja su mujer y toma otra, comete adulterio; y también el que se casa con la que repudió el marido, comete adulterio».
 P.—¿Permite alguna vez la Iglesia Católica que los que están casados se separen?
 R.—La Iglesia Católica permite algunas veces que los casados se separen, cuando hay razones graves para ello a juicio del Obispo; pero siempre permanecen marido y esposa hasta la muerte.

EJEMPLO DIGNO DE IMITARSE

Un indio viejo pidió un día a un blanco un poco de tabaco. Le dió aquél un buen puñado que sacó del bolsillo. Al día siguiente buscaba el indio al hombre para devolverle una moneda de plata que encontró mezclada con el tabaco.
 —Por qué no te la quedas?—le dijo uno.
 —Tengo aquí un hombre bueno y malo.—El bueno me dice: «Devuélvela, no es tuya». El malo, me dice: «No importa, la has encontrado para ti».
 Me echo a dormir, pero el hombre bueno y el malo no me dejan cojer el sueño.
 Como el viejo indio, todos llevamos dentro un hombre bueno y otro malo. El malo se llama *tentación*, y el bueno *conciencia*.

EL CINE Y LA INFANCIA

Una de las víctimas más lamentables del *cine* es la niñez.
 Y esos papás, que tanto se preocupan de que sus hijos

crezcan colorados y rollizos, que buscan los médicos más afamados para curar las enfermedades de esos bebés: que se quedan tranquilos, sólo cuando les han proporcionado colegios espaciosos e higiénicos; que viven en constante alarma, para evitar que respiren miasmas fétidos y corrompidos; esos papás, repito, son después los verdugos y asesinos de sus hijos llevándolos a esos centros que son el foco de enfermedades que duran cuanto les dura la vida.

Hay niños predispuestos a diversas enfermedades que, colocados en un medio ambiente favorable, se fortalecen, crecen, se desarrollan. Puesto en lugares peligrosos, enferman prematuramente, quedan raquíuticos y degenerados y a las veces mueren.

Lugar de peligro para los niños es de ordinario el *cine*, local cerrado, generalmente insano y privado de luz y de todos los elementos que pide la higiene.

Contemplad en esos antros de inmoralidad a un niño, o a una niña devorando con su delicada mirada películas que le despiertan emociones superiores a su resistencia física; forzosamente han de sufrir un trastorno orgánico que desarrollará y dará vida a una enfermedad latente.

Hay niños que se horrorizan al oír el relato de un crimen espeluznante; los papás se cuidan muy bien de que no se cuenten delante de ellos. ¡No faltaba más!

Después esos mismos padres los llevan a ver películas donde se desarrollan con vivísimos pormenores todos los lances de un horroroso delicto, cometido con alevosía, con saña, con un encarnizamiento propio de canibales.

¿Podréis decirme los efectos lamentables que ha de producir en aquella imaginación virgen ese relato que se entra hasta por los hojós? La imaginación comienza a recibir imágenes insoportables; el cerebro a sentir emociones excesivamente fuertes; el sistema nervioso a experimentar violentas sacudidas, conmociones y sensaciones insoportables.

De ahí provienen alteraciones constantes en la salud: palpitations, dilatación del corazón, angustias, insomnios, trastornos en la alimentación, etc., etc.

No digáis que vuestros hijos son robustos y de una naturaleza física envidiable. Por grande que supongáis la resistencia del niño, siempre será incapaz de recibir impunemente las grandes explosiones del sentimiento, de la pasión, del crimen.

Pues bien; ¿no es sumamente detestable la conducta de un padre o de una madre, que toman a sus hijos por la mano, y con una serenidad que pasma y sordos a las tempestades que levantan los remordimientos en su conciencia por la acción nefanda que van a cometer, los llevan a contemplar un cuadro o una escena, que ha de ser tóxico para su alma y para su cuerpo?

¡Ah! por las calles pasean enjambres de niños y de jóvenes rebeldes, pervertidos en sus costumbres, desequilibrados en su vida física; todos ellos parecen llevar grabado en su rostro este estigma de afrenta: *fruto agusanado de los cines*.

FORO Y PROSCENIO

Hablaban en la mesa de un café del célebre abogado don José, y decían a coro:

«¡Qué bien habla ese hombre! ¡Qué elocuente!
 ¡Cómo brilla en el foro!»

Y un cómico infeliz, allí presente, contestó: «No me meto en si vale o no vale ese sujeto. Pero eso de lucirse solamente en el *foro* no es raro, ni chocante.

¡Qué se dé unos pasitos adelante, que llegue hasta el proscenio, como yo, y allí veremos si se luce o no!»